

Hay muchas maneras de analizar la fractura social que sufrió Argentina a partir de la década del 90. Maristella Svampa, licenciada en Filosofía y socióloga, eligió indagar sobre las consecuencias de esa transformación a partir del auge de countries, barrios privados y otras formas de encierro preferidas por sectores de las clases medias y medias-altas en los últimos quince años.

El fenómeno, expresado en cifras, arroja la siguiente evolución: mientras en 1989 había 149 urbanizaciones privadas, diez años después se llega a 450, hasta alcanzar unas 600 en la actualidad. Con la seguridad como eje, el nuevo mapa urbano conlleva dramáticas secuelas, tanto en la relación entre los encapsulados como en sus vínculos con el mundo exterior. Desde la hipersensibilidad (la reacción al contacto con los otros) hasta la agorafobia (imposibilidad de estar en lugares abiertos), la vida de los amurrallados está enriqueciendo la lista de trastornos psicológicos contemporáneos. Es ésta una obra imprescindible para entender cómo funciona el sistema dual entre barrios enrejados y ghettos pobres, dos caras del modelo neoliberal que cambiaron los comportamientos sociales en el país.

#### MARISTELLA SVAMPA

Licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba y Doctora en Sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) de París.

**CLAVES PARA TODOS**  
DIRIGIDA POR JOSÉ NUN

### COLECCIÓN CLAVES PARA TODOS

#### ÚLTIMOS TÍTULOS

LOS PIBES CHORROS  
Estigma y  
marginación  
**Daniel Míguez**

COALICIONES  
POLÍTICAS  
¿Existen derechas  
e izquierdas?  
**Torcuato S. Di Tella**

#### PRÓXIMOS TÍTULOS

LA RELIGIOSIDAD  
POPULAR  
**Pablo Semán**

EL PAÍS Y SUS  
INTELECTUALES  
**Mempo Giardinelli**

EL PERONISMO  
DE LOS 70 (I y II)  
**Rodolfo Terragno**



# MARISTELLA SVAMPA

# LA BRECHA URBANA

## COUNTRIES Y BARRIOS PRIVADOS



**CLAVES PARA TODOS**  
COLECCIÓN DIRIGIDA POR JOSÉ NUN

## CAPÍTULO TRES LAS DIMENSIONES DE LA HOMOGENEIDAD SOCIAL

¿Qué nuevas marcas dejan en los individuos una sociabilidad y una socialización llevada a cabo entre semejantes? ¿Qué significa llevar una vida "intramuros" y cómo se concilia esta nueva experiencia con la vida "extramuros"? ¿Estas formas de sociabilidad desembocan inevitablemente en la constitución de comunidades cerradas, al estilo de las élites tradicionales? ¿Qué impacto ha tenido este nuevo estilo de vida en la socialización de niños y adolescentes? ¿Cuál es la visión que los residentes –niños y adultos– desarrollan de la "ciudad abierta"? ¿Qué consecuencias ha tenido el mayor contacto entre clases altas, medias-altas y sectores medios en ascenso?

En este capítulo intentaremos dar un principio de respuesta a algunos de estos interrogantes mayores, con el objeto de indagar menos en la continuidad, como hemos hecho en el capítulo ante-

rior, y más en las rupturas y transformaciones de los modelos de sociabilidad y socialización anteriores.

Dos rasgos mayores aparecen como condición ineludible de nuestro análisis. Uno de ellos se refiere a la tendencia a la homogeneidad social como uno de los elementos centrales del nuevo tipo societal. El otro tiene que ver con la modificación de las distancias sociales. En este sentido, es necesario contemplar que tanto el primero como el segundo son fenómenos ilustrados de manera paradigmática por las urbanizaciones privadas.

### EL ALCANCE DE LA SOCIABILIDAD DEL "ENTRE-NOS"

¿Qué consecuencias trae aparejada la tendencia a la homogeneidad social, en el marco de un "urbanismo de las afinidades", para utilizar la expresión de J. Donzelot? (:1999) La respuesta requiere contemplar complejidades y matices. En primer lugar, la tendencia a la sociabilidad homogénea debe ser contextualizada en el marco del nuevo entramado urbano. En efecto, si bien es cierto que la lógica del proceso actual apunta a la constitución de verdaderos enclaves fortificados que facilitan la sociabilidad del "entre-nos" y la práctica generalizada de los "apareamientos selectivos" en todos los órdenes (esto es, de una asociación selectiva entre "semejantes") (Cohen: 1997), éstos no aparecen aislados, sino articulados con otros enclaves, y más aun, con múltiples servicios que incluyen instituciones educativas y centros de comercialización y consumo (shopping/multicines). Es así que se va configurando un nuevo entramado socioespacial, una suerte de red con grados de homogeneidad importantes, pero suficientemente amplia en términos de cruces e intercambios. De este modo comienza a aparecer un nuevo estilo de vida que participa menos de una experiencia cerrada, propia de un modelo estrictamente comunitario ligado a la exclusividad de los pequeños círculos de las élites, que de las nuevas

oportunidades y vínculos que aporta la homogeneidad ampliada de la incipiente red socioespacial, que incluye a los sectores medios en ascenso y a las clases altas y medias-altas consolidadas.

Sin embargo, dicho esto, hay que señalar una vez más que asistimos a la emergencia de formas de sociabilidad que tienen una gran afinidad con el estilo de vida tradicional de las clases altas, caracterizado por una sociabilidad intensa, restringida fundamentalmente por la contigüidad de los círculos sociales, de los cuales el country es sólo uno de ellos. Es cierto que las nuevas generaciones que lideran el proceso de segregación espacial (sobre todo los jóvenes matrimonios, en los cuales ambos cónyuges trabajan), sólo se interesan parcialmente en el estilo de vida más comunitario que predomina en los countries y barrios más elitistas. Esto se explica tanto por una cuestión de recursos económicos como también por una real escasez de tiempo, a raíz de la centralidad que adquieren en una etapa temprana del ciclo los compromisos familiares y laborales. De todas maneras, esto no conduce sin más a la abstención de toda vida social al interior del country, pues pese a los límites impuestos por las responsabilidades, la mayoría de los "nuevos residentes" –incluso allí donde los dos cónyuges trabajan a tiempo completo– practica de manera más o menos regular algún deporte, y participa de algunas actividades sociales, o interviene activamente en comisiones que involucran tanto el tema de la educación de los niños (los espacios de "contención") como, más recientemente, el problema de la seguridad. Así, la voluntad de "encierrro", propia de los espacios más elitistas, se combina todavía con la multiplicación de las afiliaciones parciales, buscando mantener un equilibrio, a veces inestable y no siempre planificado, entre la vida de "adentro" y la de "afuera", esto es, entre la aspiración de mantener las antiguas amistades extra-muros y la exigencia de integrarse a los nuevos círculos sociales.

Por otro lado, como en otros lugares, el fenómeno de las urbanizaciones privadas incluyó, hasta no hace tanto tiempo, a importantes sectores de clase media en ascenso, algunos más ajustados, con escaso capital económico, pero con acceso al crédito. Así, como ya hemos dicho, la segmentación del mercado trajo como consecuencia la expansión de este tipo de urbanizaciones. Con ello también tendieron a proliferar las estrategias de distinción, a fin de marcar las diferentes posiciones en un espacio social internamente jerarquizado. Sin embargo, aunque no se trate verdaderamente de "iguales", los contactos se realizan entre "semejantes" ("gente como uno"), que por esa misma razón y pese a la diferenciación interna devienen "confiables".

Otro rasgo propio es que la sociabilidad, que en muchos casos comienza siendo *compulsiva* (sobre todo en los nuevos barrios privados, donde la migración al espacio cerrado puede llegar a vivirse, en un primer tiempo, como una experiencia de aislamiento y desarraigo en relación con la vida social anterior), se encamina progresivamente hacia una gestión más reflexiva de las relaciones sociales, esto es, hacia una sociabilidad *selectiva* entre "semejantes". No es inusual que muchos de estos lazos se generen a partir del contacto con los padres de los compañeros de escuela de los hijos, configurando así nuevos grupos de pertenencia. De manera que la multiplicación de vínculos sociales se realiza en un ámbito ciertamente acotado, pero no se reduce únicamente al espacio cerrado de countries o barrios (relaciones de vecindad o afinidades deportivas), sino que tiende a hacerse extensivo a toda la red.

En suma, es en estos términos en los que es posible hablar de una integración social "hacia arriba", como un proceso que nos habla de la emergencia de un espacio común de sociabilidad que tiene como marco natural la red socioespacial en la que se encuentran los barrios privados, los countries y los diferentes servicios (shoppings, multicines, discotecas) y, por sobre todo, los infalta-

bles colegios privados. En consecuencia, la red misma se constituye en el lugar de sentido que va estructurando y homogeneizando los diferentes círculos sociales.

### LOS RIESGOS DE LA SOCIALIZACIÓN HOMOGÉNEA

Las urbanizaciones privadas son espacios de organización y construcción de un orden familiar, donde la socialización de los chicos, casi siempre en edad escolar, aparece como el eje central de preocupación. Ahora bien, el tipo de socialización que promueve este estilo de vida, dentro de un ambiente protegido y homogéneo, y que muchos denominan "modelo de la burbuja", acentúa la tendencia a la homogeneidad social y, al mismo tiempo, disminuye y transforma cualitativamente el contacto con seres diferentes.

Por lo general las familias son absolutamente conscientes del encapsulamiento. Por ello son numerosos los residentes que aluden a la "irrealidad" o "artificialidad" del modelo, como este testimonio de un arquitecto que vive en el barrio privado "El Lago", de Bella Vista: "Es clarísimo el tema del encapsulamiento. Acá vivimos una realidad que es muy especial e incluso yo le decía a mi mujer, 'suerte que los chicos todos los días van al colegio, tienen que salir y pasar por delante de la villa', para que no se crean que esto es Argentina, porque chicos chiquitos que se crían acá dentro creen que Argentina es esto, y esto es el 0,00001%." (año 2000). Pero la mayoría considera que esto es una consecuencia inevitable de la situación de inseguridad que vive el país y, de manera más específica, del colapso de un modelo de socialización más igualitario, basado en el contacto con seres diferentes, que otrora garantizaba el Estado a través de la escuela pública y las marcas de la sociabilidad barrial.

Así, este estilo de vida, denominado por los mismos residentes como "el modelo de la burbuja", facilita la implementación

de un modelo de socialización caracterizado por la "autonomía hacia adentro", esto es, una libertad protegida, garantizada –seguridad privada mediante–, que genera al mismo tiempo una "dependencia hacia afuera". Veamos entonces las nuevas oportunidades y riesgos vinculados a este nuevo modelo.

En primer lugar, "puertas adentro", este modelo de la autonomía protegida presenta ventajas inmediatas, pues favorece una independencia precoz, valorada positivamente por los padres que se ven liberados de ciertas obligaciones tradicionales que acompañan a la crianza de los niños. Al mismo tiempo, dentro del espacio protegido de estos nuevos "paraísos", los niños disfrutaban de grandes márgenes de libertad y expansión lúdica en un contexto de confianza. Sin embargo, esta autonomía precoz provoca situaciones de riesgos y efectos colaterales, tanto a corto como a mediano plazo, entre las cuales se cuentan trastornos de las conductas (como ataques de pánico), accidentes dentro del predio y, en el extremo, conductas adictivas y actos vandálicos al interior de las propias urbanizaciones.

Entre estas consecuencias indeseadas quizá lo que más llame la atención sean los episodios de vandalismo infantil, pues éstos ilustran la convergencia perversa entre un modelo de socialización y un nuevo estilo de vida. En realidad la problemática no es nueva, ya que la existencia de episodios reiterados de vandalismo adolescente aparece muy asociada a la historia de los clubes de campo más antiguos, cuando las urbanizaciones privadas eran concebidas como residencias secundarias o de fin de semana. Tal es así que casi no existe country que no pueda contar alguna historia de vidrios rotos, viviendas dañadas y muebles arrojados a la piscina. Inclusive están aquellos que han tenido que enfrentar verdaderos problemas de drogadicción al interior del predio. Pero hasta aquí sólo se trataba de adolescentes. Lo novedoso en la actualidad es la precocidad con la cual se vienen manifestando

estas conductas en niños que, desde muy pequeños, tienen la posibilidad de circular a cualquier hora, sin control de la familia, por los lugares protegidos.

Fue el San Jorge Village, uno de los *countries* más exclusivos del noroeste del Conurbano Bonaerense, el que tuvo "el privilegio" de inaugurar este nuevo fenómeno, con doce actos vandálicos realizados por niños de entre 9 y 12 años, en casas recién terminadas y a punto de estrenar, todos ellos en un solo mes, durante el año 1999. Pese a que no tenemos noticias de que se hayan registrado episodios de una virulencia similar al mencionado, son varios los testimonios que han corroborado que los actos de vandalismo infantil (ataque a la propiedad común) forman parte del paisaje natural de muchos *countries*, sea que nos refiramos a aquellos más elitistas del noroeste y sur del Conurbano, o a aquellos otros, de grandes dimensiones, que se extienden al noroeste de la capital cordobesa.

Frente a este tipo de episodios, la respuesta ha sido, en algunos casos, el fortalecimiento de los controles sociales y familiares. Es frecuente también que las familias exijan a las autoridades del *country* o barrio privado que proporcionen algo más que un hábitat y asuman *un rol como agente socializador*, a la manera de una microciudad o una escuela, como bien nos relataba un ex directivo del Highland: "Le aclaro que los padres en el *country*, en una buena parte de experiencias, cuando llegan al club los tiran (a los niños) con el triciclo a los tres años y se olvidan del pibe hasta que cumple los 25. Entonces algunos casos son dramáticos. Muchos padres piensan que el club tiene que ocuparse de todo. Pero el club no es un jardín de infantes ni es una escuela ni debe hacer cuestiones pedagógicas ni nada; lo único que tiene que hacer es prestarles un hábitat" (entrevista del año 2000).

No obstante ello, no son pocos los que minimizan estos actos de vandalismo e intentan ver en ellos episodios aislados. La

mayoría hace hincapié en los efectos negativos de una "cultura de la opulencia", de la ausencia de valores, o bien se ocupan de cargar las tintas, con lenguaje conservador, sobre los "padres que abandonan a sus hijos" o las "familias desestructuradas" por los divorcios. Sin embargo, desde nuestra perspectiva, estas situaciones expresan la emergencia de riesgos colaterales, intrínsecamente ligados al modelo de socialización que provee este nuevo estilo de vida. Con ello queremos decir que la dinámica de este modelo plantea un problemático desequilibrio, que se instala tanto en el exceso como en el déficit: exceso, pues éste alimenta una explosión de libertad en un entorno hiper-protegido, y hace que se adelanten con ello las etapas; déficit, que se apoya en un modelo que favorece el debilitamiento del control familiar, problematizando aun más la difícil tarea de conciliar la autoridad de los padres con un modelo más democrático de familia. Entonces, si tenemos en cuenta que la socialización basada en la autonomía "puertas adentro" es cada vez más precoz, y ya no se reduce exclusivamente a los fines de semana, podemos entender el porqué de la aparición del vandalismo infantil, antes confinado a la población adolescente.

En segundo lugar, "puertas afuera", el modelo genera una mayor dependencia de los hijos en relación con los controles familiares hasta bien entrada la adolescencia. En efecto, es normal encontrarse con niños y adolescentes ya crecidos que, una vez que trasponen las fronteras del *country* o del barrio privado, no saben desenvolverse de manera autónoma; niños que de visita en la ciudad "abierta" se arrojan a las calles con una ingenuidad y una confianza casi provincianas; niños que evitan el contacto con el mundo exterior, al que vislumbran superpoblado, estridente y agresivo. La pérdida de sentido urbano en sus niveles más elementales fue tal que uno de los colegios privados de Pilar, el Nordbridge, realizó en el año 2001 una campaña vial, "porque se

dieron cuenta de que los chicos que viven acá en la zona, no tomaban en cuenta lo que es caminar por una vereda o no respetar un semáforo y demás" (testimonio de una residente del Barrio Maschwitz Privado, año 2002).

Lo cierto es que, por encima del repudio o del temor que los residentes adultos establezcan en relación con la ciudad abierta, el "modelo de autonomía protegida puertas adentro" no genera en los niños ningún tipo de destrezas o defensas que los ayude a desenvolverse con un grado de autonomía relativa en espacios heterogéneos, confusos, ruidosos y altamente contaminantes como los de cualquier gran ciudad del mundo contemporáneo.

Esta dependencia resulta incluso más conflictiva en los adolescentes. En efecto, el modelo esclaviza tanto a los padres como a los hijos, pues mientras los primeros se ven obligados a organizar verdaderos operativos de traslado (no sólo hacia los colegios, sino hacia los shopping y las discos); los adolescentes, por su parte, ven sobrecargados los controles familiares y restringida notoriamente su movilidad, dadas las largas distancias y el temor a los secuestros. Así, el hipercontrol social, puertas afuera, termina por reforzar la tendencia a la homogeneidad. Como nos dijo una residente del barrio privado "Chacra de Alcalá" de Bella Vista, los adolescentes "se van al centro, tienen el micro hasta el boliche, que los reúne en la estación, así que todos los padres los llevan hasta ahí a la misma hora, suben al micro, los bajan en el boliche; y es el mismo grupo siempre, les decimos la hora a la que se termina, los cargan y todos los papás los vamos a buscar a la estación, entonces es muy... siempre con la misma gente, todos se mueven en los mismos círculos" (año 2000).

Son numerosos los interrogantes y problemáticas abiertas en torno a las consecuencias del nuevo modelo de socialización. Algunos de ellos consisten en preguntarse qué sucederá cuando tenga lugar la explosión adolescente, esto es, cuando la prime-

ra generación nacida y crecida en los *countries* llegue a la edad adolescente y pase a ser el sector mayoritario en los predios fortificados. Consecuencias de una experiencia que muy probablemente ya formen parte del presente de muchas urbanizaciones.

#### LA CONSTITUCIÓN DE CÍRCULOS SOCIALES HOMOGÉNEOS

La socialización en la homogeneidad se ve reforzada por el tipo de experiencia que aporta la escuela. Recordemos que la expansión de barrios privados y *countries* en la región del Conurbano Bonaerense ha sido acompañada por la instalación de numerosos colegios privados bilingües, algunos de ellos de reconocido prestigio, otros sin tradición alguna, la mayoría, sucursales de escuelas con sede en Capital Federal (modelo de la *sister school*). Antes de la crisis de 2001, el éxodo de sectores altos y medios-altos fue de tal magnitud que los datos correspondientes al año 2000 indicaban que ciertos colegios porteños habían perdido hasta un 20% de su alumnado (*Clarín*, 13/08/2000). En la época de auge, entre 1995 y 2000, para el solo partido de Pilar, la población infantil de los jardines creció un 117%; mientras que los alumnos del EGB habían aumentado un 78%. Según estimaciones de la Dirección de Educación Bonaerense, para el año 2001, de los 108 establecimientos educativos existentes en la zona norte y oeste del Conurbano, 41 habían abierto sus puertas en los últimos cinco años. (*La Nación*, 14/04/2001).

La zona con mayor oferta educativa es, por supuesto, la del partido de Pilar, donde la matrícula en colegios privados, dentro del entorno *country*, ascendía en el año 2001 a 4.582 estudiantes, y donde se cuenta además con dos universidades privadas. Por otro lado, hay que distinguir dos tipos de establecimientos: los que se encuentran en las cercanías de las urbanizaciones privadas, y aquellos que se encuentran en el interior del predio. Has-

ta 2001, existían 10 colegios dentro de los clubes de campo, y se proyectaba la construcción de otros 7.

Ahora bien, la tendencia a la homogeneidad social no excluye una suerte de segmentación dentro del circuito de la educación privada. Como afirma C. del Cueto (:2004), en la oferta country encontramos tres propuestas educativas diferentes, todas de carácter bilingüe, que van desde el *modelo tradicional de excelencia* (colegios antiguos, de reconocido prestigio) propio de los sectores medios-altos y altos, *el modelo vincular*, que si bien no descuida la formación académica, apunta a sectores medios-altos que buscan una educación contenedora afectivamente, hasta el *modelo mercantil*, de muchos de los colegios más recientes, que atraen a los sectores de menores ingresos básicamente por el valor de sus cuotas. Este último, sin definirse ni por el modelo tradicional ni el vincular, tiende a diluirse en una "cultura de las apariencias", propia de lo que Arturo Jauretche denominaba el "medio pelo" (: 1967).

Así, incluso cuando no debemos olvidar la importancia que tradicionalmente ha tenido la educación para las clases medias como factor crucial de la movilidad social ascendente en el presente, la preocupación por la formación aparece atravesada por una inquietud sobre los altos costos que insume la educación privada de los hijos. Más aun, en momentos de crisis la escuela emerge como la primera variable de ajuste. Aunque los datos son generales, recordemos que durante los primeros meses de 2002 hubo un traspaso importante de alumnos de las escuelas privadas a las públicas. Según datos del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, el número ascendía a casi 4.800, esto es, un 4% de la población escolar primaria de los colegios privados. Si bien no se trató de un éxodo masivo, lo que ocurrió fue lo que los especialistas denominan "efecto cascada": el pasaje de matrícula de colegios privados con cuotas altas a colegios con cuotas medias, y de los de

tarifas medias, a bajas. Así, las escuelas estatales recibieron población proveniente de los colegios de este último tipo (*Página/12*, 21/03/2002).

En suma, la constitución de círculos sociales con una clara tendencia a la homogeneidad emerge como el corolario inevitable de este modelo de socialización. En el caso de Pilar este proceso es mucho más notorio, pues existen escasos espacios de interacción común entre los habitantes de la nueva red socio-espacial y la población autóctona. Si el colegio privado se convierte en una extensión natural del barrio, también privado, los adolescentes se trasladan en charter hasta los espacios de recreación (los shopping, los locales bailables), que raramente comparten con los habitantes "originarios".

Por último, lo verdaderamente significativo para el caso argentino es que, para muchos individuos de reciente ascenso social, separados hace relativamente poco del fragmentado colectivo de las clases medias, *las ventajas de la sociabilidad* en un contexto de homogeneidad tiene *todavía* el sabor de la novedad, esto es, emerge como un descubrimiento, una suerte de primera experiencia. Después de todo se saben pioneros de un nuevo estilo de vida; pero también por ello mismo muchos son *todavía* conscientes de la historia que dejaron atrás, hecho que aparece más marcado en aquellos que han vivido en los '90 un ascenso individual, en medio de un proceso de quiebre y reconfiguración no sólo social sino también, muchas veces, de índole familiar.

En cambio, para sus hijos la cuestión es diferente, pues no existe un pasado diferente ni novedad que saborear. Así, los beneficios que proporcionan el country y el barrio privado tienden a ser rápidamente naturalizados, y la experiencia resultante termina por configurar vastas partes del universo cotidiano que se continúa y refuerza a través de la escuela (privada), a través de los deportes (generalmente ligados a la escuela o, en su defecto, al club

de campo), y a través de los circuitos diferenciados incluidos en la red o cercanos a su entorno, como los shopping y los lugares bailables. Compromete, por ende, la totalidad de los círculos de sociabilidad existentes.

He aquí planteado uno de los aspectos específicos que la integración "hacia arriba" propone para el caso argentino: se trata de un proceso que, por el momento, nos habla menos de la articulación real que pueda operarse entre los distintos sectores "ganadores" de la sociedad, que de la adopción efectiva de un único modelo de socialización en el cual la heterogeneidad social se ve cuestionada y la sociabilidad del "entre-nos" aparece naturalizada al interior de una red socio-espacial amplia y común.

#### ¿HACIA UNA CONFIGURACIÓN PSICOLÓGICA POLAR?

En términos más generales la nueva brecha urbana plantea de manera ejemplar el impacto que los nuevos procesos sociales han tenido sobre la gestión de la *distancia social*. En este sentido, es útil retomar la lectura que el filósofo y sociólogo Georg Simmel (:1977) realizó sobre el tema de la distancia como elemento primario de toda forma de socialización, sobre todo en las grandes ciudades. Simmel fue uno de los primeros en señalar que tanto la pérdida de una sociabilidad comunitaria como la mercantilización de las relaciones sociales, son procesos directamente relacionados con la extensión de la economía monetaria en el marco de las grandes urbes. El corolario de estos nuevos procesos fue la modificación de la distancia social.

En efecto, rotos los equilibrios sociales anteriores, el individuo se vio confrontado con una serie de situaciones marcadas por una oscilación mucho más incierta, que iban de la cercanía absoluta a la distancia excesiva, lejos del equilibrio o de una síntesis más o menos armoniosa. Hoy, como en los tiempos de Simmel, en es-

ta nueva inflexión de época, la modificación de la distancia social vuelve a plantearnos una serie de problemas de confiabilidad, que se instalan desequilibradamente o en el exceso o en el déficit, y que en el límite, se hallan en el origen de ciertas patologías o trastornos psicológicos, como la hipersensibilidad (la reacción al contacto con los otros) y, sobre todo, la agorafobia (la imposibilidad de estar en lugares abiertos, los ataques de pánico). Es así como hoy vemos que el temor al espacio abierto en tanto lugar "no protegido" cada vez más desregulado, encuentra su expresión máxima en la gran ciudad y el espacio público, y va configurando una suerte de agorafobia urbana, patología que, como bien advierte J. Borja, es más una "enfermedad de clase de la que parecen estar exentos aquellos que viven la ciudad como una oportunidad de supervivencia" (:2000, p. 119).

La problemática de la distancia social puede ser ilustrada también desde otra perspectiva, a través del análisis del tipo de configuración psicológica que la segregación espacial va fijando y consolidando. Para abordar este tema es interesante retomar el enfoque procesual de otro gran sociólogo, Norbert Elías, quien sostiene la correspondencia o articulación recíproca entre las estructuras emotivas y cognitivas, por un lado, y las estructuras sociales, por el otro. Esto supone afirmar que los procesos de cambios afectan y atraviesan, simultáneamente, ambos niveles. En otros términos, que cuando cambian las formas de convivencia humana y la estructura de los grupos, también cambian la configuración y la forma de las funciones psíquicas del ser humano particular (Elías: 1987, pp. 55-65).

Como hemos dicho, el nuevo estilo de vida implica la puesta en acto de fronteras físicas y rígidas que establecen una clara separación entre el "adentro" y el "afuera": esto significa que, por un lado, existen zonas altamente reguladas (el espacio cerrado y protegido) y, por el otro, zonas desreguladas (el espacio abierto, desprotegido).

Esta división trae aparejada la interiorización de un código binario que, alentado por el contraste social, reorganiza la vida cotidiana y la relación con los otros en un registro inequívoco que diferencia el "nosotros" de los "otros"; los "iguales" de los "diferentes".

Más aun, esto va generando una configuración psicológica polar que tiende a borrar los matices: "puertas adentro" se desarrolla un ámbito "pacificado", en el cual las regulaciones son claras (aunque en muchos casos resulten excesivas) y los códigos de comportamiento, previsibles. En cambio, "puertas afuera", sobrevuela la amenaza difusa, el *otro* gana en opacidad y espesor, se torna inasible y desconocido, en un contexto de incertidumbre e imprevisibilidad en el que lo diferente se transforma muy rápidamente en extraño. Así, el temor se exacerba y se cristaliza en aquellas zonas oscuras (puentes, accesos) donde los riesgos aparecen potenciados; zonas que emergen peligrosamente como una "tierra de nadie", a la manera de aquellos peligrosos cruces de la Edad Media, donde solían aguardar los temibles salteadores de caminos y se sabía que, de un solo golpe y de manera imprevisible, se podía perder la vida.

Por último hay que decir que si esta suerte de configuración psicológica binaria aparece como correlato de la segregación espacial, esto no significa afirmar que estamos frente a la emergencia de una estructura fija y permanente, en términos de psique individual y social. En realidad, una y otra deben ser leídas como tendencias que adquieren su real sentido en un marco propiamente procesual e histórico. Más aun, el propio Elías se ha encargado de señalar que la particularidad de la psique humana es su especial flexibilidad o plasticidad, su capacidad de adaptación y cambio, en fin, su natural dependencia de un modelado social (*idem*, p. 54).

El otro aspecto que queremos señalar está íntimamente relacionado con el anterior. Nos referimos a la "categorización de la diferencia", como la ha llamado, entre otros, G. Améndola (:2000),

es decir, el hecho de que los seres "diferentes" no sean percibidos como personas, sino, sobre todo, como categorías sociales. En efecto, la ventaja frente al mundo "de afuera" es su radical transparencia, pues "adentro" lo diferente no se mezcla; cada persona tiene un lugar preestablecido, según su función social, ilustrado de manera paradigmática por el proletariado de servicio que diariamente entra y sale, rigurosamente uniformado, se trate de la mucama, la niñera, el jardinero o el guardia de seguridad.

Esta tendencia no escapa a la mirada crítica de ciertos residentes de urbanizaciones privadas. Por ejemplo, una mujer que residía en el San Jorge Village comentaba que una de sus mayores preocupaciones era que sus hijos se refirieran al "otro" como una clasificación: "Viste que los tratan... o sea, terminan hablando de ellos como si fueran una entidad distinta, no un ser humano... No sé, me pasó una vez algo terrible. Mi hija tenía siete años, ocho, y vienen a almorzar a casa tres amiguitas y se decían entre ellas: '¿y si pasa tal cosa qué es? ¿es hombre, es mujer o es mucama?' Y estaba la empleada al lado; yo las miré y les dije: 'no, se equivocaron: si es hombre o es mujer...' No, no, no, (continuaban), '¿es hombre, es mujer o es mucama?'... (Por último es la residente que se pregunta) ¿Por qué? ¿Qué es la mucama? ¿Es un perro, es un objeto, una cosa, es otra clasificación de ser humano?" (entrevista, 2000).

Las representaciones y los lazos que se establecen con "el otro" son básicamente de tres tipos: el primero es de índole económica (con el proletariado de servicio, sea la doméstica, la *baby sitter* o el jardinero); el segundo es "el otro" como objeto de beneficencia (el "pobre", al cual se ve poco pero se ayuda a través de donaciones a comedores, salitas de salud y escuelas). Pero la relación con ambos, se trate del proletariado de servicio o del pobre, se desarrolla en contextos regulados y previsibles. Sin embargo, el contraste entre el "adentro" y el "afuera" y la interiorización del

código polar, engendran un tercer tipo de vínculo con el otro, caracterizado por el temor exacerbado, que remite a la imagen de la "pobreza violenta", localizada siempre en los barrios carenciados y las villas del entorno. Esta última representación señala el pasaje de la "comunidad transparente", donde cada categoría tiene un lugar determinado, según sea su función en la microsociedad, a la "comunidad del miedo", donde el otro adquiere un contorno más inasible y una suerte de opacidad amenazante.

En fin, los nuevos procesos de fragmentación social y el retroceso general de las instituciones anteriormente integradoras fueron generando una nueva estructura de temores e inseguridades en los sujetos. Así, las respuestas –individuales y colectivas– ante la pérdida de cohesión social plantean una serie de dilemas de confiabilidad e interacción, tanto como la emergencia de una nueva trama social y psicológica. En sintonía con los nuevos tiempos, la adopción de estilos residenciales, basados en la privatización de la seguridad, ilustra el acoplamiento entre un modelo de ciudadanía patrimonial (el acceso a los bienes básicos se restringe a aquellos que cuentan con recursos materiales), y una nueva estructura de temores e incertidumbre, de carácter polar. Leído a partir de sus consecuencias políticas y sociales, este estilo de vida señala sin duda una aspiración comunitaria, cuya base no es otra que el miedo. Como afirma Beck, "la sociedad del riesgo cambia la cualidad de la comunidad". Lejos de proponerse alcanzar ideales de igualdad, "la utopía de la seguridad resta negativa y defensiva: en el fondo aquí ya no se trata de alcanzar algo 'bueno', sino ya sólo de evitar lo peor" (:1998b, p. 55).

## CAPÍTULO CUATRO LA VIDA EN LOS COUNTRIES Y BARRIOS PRIVADOS DESPUÉS DE 2001

### DE LA EUFORIA NEOLIBERAL A LA GRAN INCERTIDUMBRE

La historia de la expansión de countries y barrios privados ha conocido diferentes etapas, desde sus primeros inicios, a fines de los '80, hasta la actualidad. De manera general podemos afirmar que dichos momentos expresan una correspondencia entre los comportamientos sociales y el modelo socio-económico.

Hubo un **primer momento, entre 1994 y 1998**, en el cual se registró una suerte de éxodo y hasta una frenética huida hacia las nuevas urbanizaciones privadas, íntimamente asociada con la dinámica vertiginosa y radical que caracterizó la implementación del modelo neoliberal en nuestro país, en la que se sobreactuaron las oportunidades (la calidad de vida propuesta) y los riesgos (la inseguridad de la ciudad abierta). Por supuesto, este primer éxo-